

Una carta juvenil de Jorge Luis Borges

La correspondencia entre Jorge Luis Borges y su amigo mallorquín Jacobo Sureda tuvo larga duración. Se supone que los dos jóvenes se conocieron en Mallorca en el verano de 1919, pero que el intercambio epistolar solamente se inició un año más tarde, cuando «Georgie» y su familia volvieron a la isla tras un recorrido por España que duró alrededor de ocho meses, y en el que las escalas más largas fueron Sevilla y Madrid.

Los Sureda, familia de intelectuales y artistas, tenían su hermosa casona en Valldemosa, población situada a unos veinte kilómetros de la capital mallorquina, Palma. Los Borges, en 1920 –también lo habían hecho en 1919–, se alojaron en el hotel *Continental*, pero con mucha frecuencia se desplazaban hacia Valldemosa, ciudad en la que habían vivido, entre otros personajes muy conocidos, Federico Chopin, George Sand y Rubén Darío. Jacobo, un joven un año menor que Jorge Luis, se hallaba muy enfermo de las vías respiratorias, al igual que su hermana Elvira, quien murió poco tiempo después de que los Borges regresaran a Buenos Aires, y de la que se supone «Georgie» estuvo enamorado.

Esa distancia de veinte kilómetros, en aquellos tiempos, no era tan fácil de salvar como ahora. Y la amistad entre los dos jóvenes poetas precisaba de comunicación continua, de ahí que optaran por intercambiar cartas, tarjetas postales y hasta mensajes en pequeños papeles. Esta fluida correspondencia no se ha podido conservar en su totalidad, y solamente se conoce una parte de la que escribiera Borges, desconociéndose el contenido de las firmadas por Jacobo Sureda.

Muchas de estas misivas fueron enviadas desde Palma y dirigidas a Valldemosa, pero cuando los Borges retornaron a la Argentina, el carteo continuó. E incluso, cuando Sureda se trasladó a la Selva Negra, en Alemania, para someterse a tratamiento médico, Borges continuó fiel como corresponsal de su amigo isleño. La carta que ahora podemos publicar ha escapado de los rigores del paso del tiempo, gracias a la hermana menor de los Sureda, Emilia –fallecida recientemente–, quien antes de que se tiraran muchos papeles (lo que ocurre en tantas familias durante traslados de vivienda o en trances difíciles) los recogió y cauteló con un amor y una dignidad notables.

Es una carta de cinco hojas, escrita desde Buenos Aires, a siete u ocho meses de su vuelta tras siete años de ausencia, en la que Borges le cuenta a su amigo, de forma minuciosa, su vida de escritor, y en la que manifiesta una serie de interesantes proyectos con evidente exaltación, hasta de una forma nerviosa, muy propia de los veinte años. Fue una lástima que la amistad se viera interrumpida, y mucho de lo que proyectaron juntos nunca pudiera llevarse a cabo. Sureda retornó a Mallorca, donde siguió dedicado tanto a la poesía como a la pintura. Se casó y tuvo una hija; falleció en 1935. El intercambio epistolar pudo durar hasta 1925 ó 1926. Se ignora y es imposible conocer mayores detalles al respecto. ¿Por qué cesó ese carteo? En 1980, cuando Borges retorna a Mallorca, hace alguna referencia a Sureda. Lo menciona como un buen amigo suyo, y recuerda buena parte de lo que fue y significó su visita a Mallorca en esos años signados por el ultraísmo.

Varias cartas (por lo menos dos docenas), cruzadas entre los dos amigos, han sido publicadas. Doce en el libro *Cartas de juventud de J. L. Borges*. Otras en *Diario 16* de Madrid, así como también en la revista *Condados de niebla*. Gracias a esta correspondencia se ha conocido una buena parte de la juventud de Borges.

En esta que comentamos, el autor da cuenta a su amigo de la primera revista que con otros jóvenes poetas argentinos sacó a la luz, *Prisma*, que era una hoja de enorme tamaño que se pegaba en las esquinas de la ciudad y contenía poemas, fundamentalmente, y la filosofía de ese grupo que era el continuador del ultraísmo, iniciado a finales de 1918 en Madrid, gracias a unas declaraciones de Cansinos Asséns, uno de las grandes admiraciones de Borges. De ahí que en un párrafo le hable de la brocha, el engrudo y de las paredes, sobre las que hace recaer varios calificativos. También menciona a un antiguo diario porteño, *Diario Español*, en el que, entre muchos otros foráneos, colaboró Rafael Barret, de quien Jorge Luis tenía un alto concepto, al punto que desde Suiza se lo recomendó a su amigo Roberto Godel, compañero de colegio en Buenos Aires.

La forma como le comunica a Sureda los proyectos literarios que podrían acometer juntos, demuestra además de la emoción propia de la edad, la gran amistad que los unía. Siempre se dirigió a Jacobo reclamándole su colaboración. Y en este caso le habla de escribir en «complicidad, un libro de nihilismo alegre y definitivo» y, como se podrá leer, no olvida el ultraísmo y se acuerda de las greguerías de Gómez de la Serna. Pero lo curioso está en la propuesta de que el libro se cierre con una refutación al propio libro.

Le habla asimismo de su alejamiento de la poesía y su devoción por la prosa, en un momento en que dirige una revista dedicada principalmente a los poemas. Y la definición que hace es para recordarla: «la poesía se me

antoja como una cosa acorralada, encerradita, secundaria = una casualidad de la literatura». Difícilmente se hallará concepto similar sobre poesía en sus escritos posteriores.

Menciona dos o tres veces la «Proclama» que se publica en la revista *Prisma*, y que es un manifiesto ultraísta firmado por el propio Borges en compañía de Eduardo González Lanuza, Guillermo de Juan y Guillermo de Torre, que aún no vivía en Argentina, y que debió adherirse a esa proclama por correspondencia. En cuanto a los muchachos que con brochas y engrudo salían a pegar quinientos ejemplares de *Prisma* en las calles de Buenos Aires, bien pueden ser tres de los mencionados, ya que De Torre no se hallaba en Buenos Aires, y posiblemente se sumaban Santiago Dabove y Norah Lange, una de las más entusiastas del grupo y la primera ultraísta argentina.

La carta nos da también la posibilidad de saber qué colaboraciones había enviado a *Cosmópolis*, e igualmente nos permite encontrarnos con dos definiciones muy interesantes para un joven de veintidós años. Una sobre la vida: «la vida es un bodrio de momentos descabalados». La otra sobre el Arte: «(concedámosle una mayúscula al pobre) debe ser impar y tener vida propia, lo autobiográfico hay que ahogarlo para mayor felicidad propia y ajena».

Las cartas que escribía a Sureda están realizadas con rapidez, de ahí que en el párrafo final se asombre y se reproche haber utilizado las palabras «vida» y «propia» dos veces en la misma frase. Las respuestas de Sureda, que nunca aparecieron, hubiesen sido magnífica lectura y buena lección para conocer a Borges a través de su juvenil amigo.

Carlos Meneses

24-XI-921

¡Salve entrañable amigo! A estas horas ya habrán desfilado bajo tus ojos la explicación aquella de *Diario Español* y el estandarte de PRISMA. A este último lo clavaremos mañana en las paredes hostiles o indiferentes o tal vez generosas y acogedoras de Buenos Aires. ¿No te ha espantado la disparatada numerosidad de tipos de letra que hay en la Proclama y la manera en que, a medida que se acercan al fin, van amenguándose y anonadándose hasta volverse pequeñitas? De todo eso —así como de la substitución de vislumbrado por vislumbrando, en la última frase, tienen la culpa los fascinerosos de la Imprenta, unos rusos que apenas sospechaban la existencia del idioma

español y cometían cada errata de no te muevas. En fin, tal como está, vamos a difundirlo mañana. Ya tenemos listo el engrudo, la brocha y demás implementos y quizás terminemos en dos noches, a quinientos carteles por noche. Somos unos cinco muchachos y hay entusiasmo... (A lo mejor te estoy dando en balde todos esos pormenores prolijos, si por una fantástica eventualidad PRISMA se ha extraviado en el camino.)

Te quejas de la mortificación del francés —¡Qué lengua más desgachada y gesticulante y sin espinazo! A mí esa *ch* efervescente y la *u* del francés, me parecen calamitosas.

¿Y los suizos qué te parecen? Yo les profeso una cordial antipatía. Son unos horteras muy ufanos de saber hablar por teléfono y de la democracia y de que están en buen estado las carreteras del país. Envíame algo de lo que escribes. Ya sabes —y vuelve la frase ritual— cuánto me interesa lo que haces. Qué estupendo sería forjar el año que viene un libro en complicidad, un libro de nihilismo alegre y definitivo, donde hubiera de todo: metafísica, ultraísmo, greguerías, y al final una refutación del libro y de su plan y de sus egoísmos! ¿Y un libro de poemas? Pero la poesía se me antoja una cosa acorralada, encerradita, secundaria: una casualidad de la literatura.

Hace tiempo que sólo escribo prosas. En *Cosmópolis* de octubre han publicado dos intituladas *Buenos Aires* y *Crítica del Paisaje*. En la misma revista de noviembre, habrá salido —según me dice Torre que es secretario de redacción— otro sobre la Metáfora, donde hablo de ti y yo. Te enviaré en cuanto lo reciba.

¿Sabes que Octavio Pinto —el indio aquel que andaba como atorado por sus cuellos enormes— ha realizado una exposición, ha sido muy elogiado y ha vendido dos obras? Entre los cuadros expuestos hay uno de tu casa, muy embadurnada de sol, contra un cielo verdoso, pero inconfundible, con la torre y la ventana de tu alcoba mirando la lejanía.

Mi posición actual ideológica la tienes —más o menos— en la Proclama de Prisma. (Perdóname que te dé otra vez la lata con ese rótulo.) Ya ves: el Yo no existe, la vida es un bodrio de momentos descabalados, el Arte (concedámosle una mayúscula al pobre) debe ser impar y tener vida propia, lo autobiográfico hay que ahogarlo para mayor felicidad propia y ajena, etc. (Dos veces *propia* y *vida* en la frase anterior! Qué escándalo.)

Escríbeme enseguida. Te abraza de todo corazón.

Jorge Luis

Calle Bulnes 2216, Buenos Aires.